

mi casa dos oficiales del expresado batallón, mandándome que entregara todos los papeles que tenía. Me resistí a tal delirio, y me amenazaron con la justicia, enviando por ella el uno al otro; ceñí mi sable con objeto de resistir la violencia si hubiera llegado a más. Llegó, en efecto, no sé qué miembro de justicia, al parecer escribano o alcalde, y dijéronme los oficiales que traían orden verbal del excelentísimo señor Virrey para que les entregara el papel ya citado: yo continué mi resistencia por no creer que el señor Virrey fuera capaz de mandarme aquella orden ejecutiva por medio de unos oficiales que no eran sus ayudantes y que atropellaban mi derechos; y habiéndome dicho su excelencia que no dió tal orden, ¿no es esto una desvergüenza, falta de respeto e insulto? ¿Pues qué, así debe entregar, a unos oficiales, los papeles un depositario de la opinión pública y de los secretos ajenos? Si supieron que yo tenía tal papel, ¿por qué lo exigían violentamente? ¿Así se atropella a un ciudadano? ¿Así abusan de la autoridad del capitán general unos oficiales de guerra? ¿Así cumplen con la Constitución sabia que el día antes celebraron?

»Se dice ya en la ciudad que me fueron a prender... ¡Qué escándalo! Sólo faltó que hubie-

ran llevado una compañía de cazadores y me hubieran pasado por las armas en el acto.

»Si esto sucede con un hombre de conducta pública, que tiene a sus puertas la guardia del señor coronel de N. E., que se hallaba rodeado de testigos, y que sin haber faltado a nadie sostenía su derecho a 50 varas del real palacio, ¿qué hubiera sucedido a un inocente cualquiera, indefenso y sin testigos, a 50 leguas de distancia, no queriendo obedecer un capricho igual...?»

La actitud de Ruiz Costa tuvo por resultado que, poco tiempo después, el disgusto del Virrey Venegas obligase al editor del *Diario de México* a dejar su puesto en ese periódico. El cual comenzó una nueva época bajo la dirección del licenciado don Juan Wenceslao Barquera, quien había estado dirigiendo, desde 1811, *El Mentor Mexicano*, semanario discretísimo y entretenido. Este literato, que calzaba casi todos sus escritos periodísticos en el *Diario*, con la letra *D*, se había expresado en términos un tanto ambiguos y solapados, al juzgar de la libertad de la Prensa.

Decía en 9 de octubre de 1812:

«Que esta libertad es un lazo, es innegable;

pero ¿para quiénes? Para los enemigos de la Patria, para los calumniadores, infamadores y precipitados. Pero para un declamador de la verdad y para un hombre de bien, ingenuo y sencillo, no es lazo; éste, escudado con la justicia, como es público, puede hacerla ver a la Junta provincial de censura en caso de juicio; y aun dado el de que ésta le faltase, tiene el recurso de aguardar la declaración de la censura suprema. Hablad verdades, mexicanos, y acabad de conformar vuestras opiniones en justicia.»

Trampa creía, pues, el licenciado Barquera la prerrogativa de la nueva Constitución; trampa fué, en efecto, aunque muchas gentes de buena fe creyesen otra cosa. Entre ellas no faltó quien entonara himnos triunfales a la recién otorgada libertad. Oid esta Anacreóntica:

Llenad las hondas copas  
del néctar de Lieo;  
pues ya de nuestra gloria  
llegó el dichoso tiempo.  
Con himnos sonoros  
el día celebremos  
en que la dulce patria  
recobra sus derechos.

Y baje al hondo abismo  
y expire en voraz fuego  
la horrenda tiranía  
verdugo de los buenos.  
¿La veis, la veis, amigos,  
bajar en raudo vuelo,  
risueña y amorosa  
del alto firmamento?  
¡Oh, libertad preciosa!  
Ven a mi tierno pecho,  
y en él por siempre mora  
y enciéndele en tu fuego.  
Llor a los patriotas  
del español Congreso  
que el fiero despotismo  
lanzaron de este suelo.  
*Y mengua a los serviles  
y odio y baldón eterno  
al déspota que intente  
violar nuestros derechos.* (1)

Era, a pesar de todo, tal la efervescencia social, tal el deseo de romper aquel largo y temeroso silencio, que, a los tres días de haberse promulgado el liberal decreto, apareció un semana-

---

(1) Anónimo.—*Diario de México*, 8 de octubre de 1812.

rio célebre, el más célebre de nuestra historia de independencia: *El Pensador Mexicano*. Lo redactaba un hombre de ingenio, de atrevimiento y de valor: don Joaquín Fernández de Lizardi. El número primero de este papel trae en la portada un epígrafe tomado de las fábulas de Fedro: «Neque enim notare singulos mens est mihi; verum ipsam vitam et mores hominum ostendere... Ergo hinc abesto, Livor, ne frustra gemas.» El periódico de Fernández de Lizardi comenzó con sumo tacto, con estudiada discreción, al punto de que la misma *Gazeta del Gobierno* anunció la aparición de *El Pensador Mexicano*, en un aviso en el que indica los puestos y alacenas donde podía encontrarse el nuevo papel. Pero a medida que avanzaba Fernández de Lizardi en el análisis de la situación, iba enardeciéndose su atrevimiento y las verdades políticas saliendo de su pluma en un estilo franco y sencillo que no dejaba lugar a dudas. Escuchad un fragmento del número 5 del *Pensador*:

«¡Qué capaz que en tiempo de Carlos III hubiera Godoy sido, no digo *Príncipe de la Paz*, pero ni *pífano de la guerra*! Dos malos ministros sé que tuvo, pero no duró mucho su privanza; y que, ya se ve, que en línea de ambiciosos y dís-

potas, no eran capaces de descalzar a don Manuelito; pero ¡ah fortuna de pícaros!, murió Carlos III, subió al trono el sencillote Carlos IV, tocó la guitarra Godoy, cantó sus boleteritas, lo oyó la Reina, le acomodó el músico, habló por él al Rey, se quitaron los embarazos de *Florida* y *Aranda*, y se llevó el diablo a España y a las Indias, *de pilón*.»

«Las Indias, sí, las Indias; esta preciosa parte de la Monarquía; esta margarita inestimable de la Corona de España; esta bolsa donde la Divina Providencia derramó a manos llenas el oro, la plata, los ingenios, la fidelidad y la religión, yace sepultada en la más horrible confusión, en la guerra más sangrienta, y camina por la posta a su certísimo exterminio, no por culpa de nuestros siempre amados Soberanos, ni de los buenos ministros, ni de los ilustres españoles, sino por el mal Gobierno sostenido por los déspotas tiranos; por esta maldita antipatía de *criollos* y *gachupines*, fomentada cerca de tres siglos por los indignos de una y otra especie, pues es menester considerarlos como *animales de distinta especie*, ya que ellos no han querido ser unos por la religión, por la sociedad ni por el origen. Sí, monstruos malditos, vosotros los déspotas, y el mal Gobierno antiguo, habéis inventado la insu-

rrección presente, que no el *cura Hidalgo*, como se ha dicho; vosotros, unos y otros, otros y unos, habéis talado nuestros campos, quemado nuestros pueblos, sacrificado a nuestros hijos y cultivado la cizaña en este Continente.

»No una cabeza que tengo, aunque tuviera más que las que la fábula concedió a la *hidra Lernea* la apostara, seguro de no perderlas, a que si nos hubiéramos amado sin rivalidad, si nos hubiéramos socorrido mutuamente, si hubiéramos sido hermanos, no en el nombre, sino en el corazón; si hubiéramos tenido siempre un Gobierno protector, unos ministros sabios, políticos y amantes de la Humanidad, que no hubieran atado las manos a los americanos, sino franqueándoles los arbitrios de la industria y la Naturaleza para que adquiriesen con menos embarazo su subsistencia; si a los indios se les hubiera tratado como lo que son y no como lo que quisieron que fueran; si se les hubieran concedido los privilegios de hombres, quitándoles exenciones de neófitos, exenciones que les han sido terriblemente perjudiciales (como lo probaría en caso necesario); si hubiéramos gozado, por último, los generales beneficios de la libertad que nos acaba de conceder la Nación, no digo Hidalgo, ni el mismo Lucifer hubiera sido capaz de reunir tan

en breve las numerosas gavillas con que vimos comenzar la insurrección, ni ésta hubiera tomado cuerpo ni los pueblos se hubieran obstinado.»

Así daba principio a su magna labor pública un literato que tres años antes apenas se había dejado distinguir por algunos versos, por algunas letrillas satíricas, y, tal vez, por alguno que otro folleto intencionado y cáustico.

La fecundidad de este escritor es incomparable. Fué periodista político, costumbrista, novelista, poeta lírico y dramático. No comenzó, como tantos otros, a brillar desde la primera juventud. En la madurez de la vida estaba cuando apareció en México *El Pensador Mexicano*: se acercaba a los cuarenta años.

Fernández Lizardi puede llamarse, literariamente hablando, hijo de la Constitución de Cádiz. Ella lo alentó, lo estimuló, lo lanzó definitivamente. Desde que se promulgó la libertad de imprenta, él se presentó como un voluntario del pensamiento.

Juzguemos, desde luego, al periodista.

En ninguna otra de sus obras se revela Fernández Lizardi tan de cuerpo entero como en la que, precipitadamente escrita, en la hoja volante, en el *papel*, refleja la momentánea impresión, el influjo directo del medio social sobre el espí-

ritu generoso y libre de este hombre atrevido.

Es en el periódico, en su periódico, donde resultan más relevantes sus facultades, y también mejor delineados sus defectos. Su estilo es llano hasta la chavacanería; su tendencia a la observación y a la imagen naturalistas, lo lleva a ser exacto hasta la grosería. Los diálogos, que él maneja con magistral soltura, están copiados con tanta propiedad, que el léxico usado en ellos se halla pletórico de modismos y vocablos regionales; el lenguaje del pueblo está trasladado allí con fidelidad, con verdad, pero sin arte, sin artificio alguno, sin gusto.

Es realmente digna de estudio y reflexión la *manera* del pensador, su *procedimiento*. Se trata, en cierto modo, de un *folk lorista* espontáneo, que hizo de refranes, locuciones y giros populares, una literatura especial, genuina y característica, tan apropiada a las circunstancias, que ninguna otra supo encontrar el camino para llegar más pronto al alma de la muchedumbre. No fué él el iniciador, es verdad, de este modo de llevar ideas y sentimientos políticos a las últimas capas sociales, para hacer propaganda entre los que se habían salvado del analfabetismo; otros, anteriormente, emprendieron esta tarea de *copistas* verbales; pero en Fernández Lizar-

di se acentuó, se definió y se perfeccionó el sistema.

Mientras los literatos de gabinete, los letrados universitarios formulaban y conformaban su literatura de acuerdo con los preceptos de la retórica pulcra, fría y severa de entonces, mientras las altisonancias del lenguaje, la morbidez escultural de la cláusula, la forzada trasposición, el retorcido *hipérbaton*, la construcción latinizada, el *academismo*, en fin, el atildado *academismo pseudoclásico*, llenaban los escritos *realistas* e *insurgentes*, el *Pensador* torcía el rumbo, desnudaba su estilo de la pedante ornamentación churrigueresca, y hacía entrar, naturalmente, su pensamiento en la forma baja, en la expresión prosaica, en la ramplonería familiar y casera. Es cierto que tan lejos estaban del arte los *academistas* como el sencillo imitador del habla popular; pero éste, sin pretenderlo quizá, orientaba el movimiento literario hacia una senda nueva, más amplia y de horizonte más dilatado. En su trivialidad había una gran dosis de sinceridad, de verdad, de naturalidad. Y estos elementos habían de incorporarse después a nuestra literatura, y de sanarla un poco del terrible mal del énfasis.

El *Pensador*, por lo general, no abandonó su

habitual llaneza. Escribió para el pueblo y en él entró, como nadie lo había logrado.

A veces, sin embargo, la profundidad de su sentimiento, la claridad de su pensamiento, son poderosos impulsos y bastan por sí mismos, sin necesidad de ajeno esfuerzo a remontar su estilo, a elevar su palabra a las alturas aquilinas de la elocuencia. Entonces no sólo persuade, sino conmueve y arrebató.

Pero nunca, ni cuando rastrea con apariencias de puerilidad, ni cuando vuela con fascinaciones de inspiración, lo abandona su maravilloso *buen sentido*: es él su segura y constante brújula para encontrar el norte de su pensamiento; es su encantado talismán en cualquier misterioso laberinto.

Sus ideas avanzan, sus pasiones se expanden, sus palabras se adornan, sus ataques se envenenan, sus alabanzas se hinchan, hasta donde lo permite el *buen sentido*.

En medio de aquella sociedad que reventaba en fermentaciones de rencor y de odio, cuando la costra social estallaba para dar salida a gases de libertad largo tiempo comprimidos; cuando la exaltación tomaba proporciones de frenesí, y las pasiones estaban ciegas y locas, y una gran nube de sangre palpitaba en la atmósfera, Fernández

de Lizardi, combatió en favor de la *Independencia* con una serenidad extraordinaria. Era un equilibrado, un ponderado. Por eso calculaba y veía mejor que otros, y por eso también, su pensamiento, que era la verdad misma, penetraba más hondo en las conciencias.

El *Pensador* no usó, o usó muy pocas veces, el insulto violento. A su servicio estuvo siempre arma más sutil y penetrante: la *ironía*.

Y es asimismo de llamar la atención que, en tanto que el doctor Cos, y el licenciado Quintana Roo, y el doctor Maldonado, y Bringas Encinas, y Beristain, y Fernández de San Salvador, se enardecen con los hervores que engendra su pluma turbulenta, Fernández Lizardi conserva su juicio sereno y escribe artículos sensatos y razonados en frío.

A cuanto pudo alcanzar su delicadeza, fué, el autor del *Periquillo*, un fino *ironista*. Hubo momentos en que todos alrededor suyo blasfemaban y gritaban, y él sonreía. Mas aquella sonrisa, en su cara roja y cenicienta de *mestizo* lampiño, inquietaba más a los *gachupines* que las noticias de los alborotos insurgentes. Aquella sonrisa, grave y fatídica, era la señal de la reivindicación, era la libertad, era la justicia.

Ningún escritor hizo tantos adeptos ni conven-

ció a tantos rehacios como éste con su tranquilo pensar y su don prodigioso para esgrimir el ridículo y la burla.

Cohibido, cada vez más, por la censura; encerrado en el círculo de la prohibición que se reducía minuto a minuto en torno de sus ideas, el *Pensador* se veía obligado a sortear peligros y a burlar vigilancias, valiéndose de subterfugios de ingenio, de personajes simbólicos, de fábulas emblemáticas y obscuras, o de triviales y maliciosos paliques. A través de ellos, dejaba transparentar sus opiniones, todas encaminadas a su gerir la emancipación.

Ahí están, característicos de este modo de escribir, sus artículos. Ahí está la *Proclama del Pensador a los habitantes de México en obsequio del excelentísimo señor don Félix María Calleja del Rey*, en la que con el ropaje coruscante de un panegírico, lanza Fernández Lizardi al feroz general realista la sátira más terrible y sangrienta. Ahí está la famosa *Visita a la Condesa de la Unión*, donoso cuento que no es otra cosa que una revista política. Ahí está la *Carta al excelentísimo señor don Francisco Javier Venegas*, sarcástica invectiva envuelta en dulzura y suavidad.

En sus ratos de holgura y alegría, era un cen-

sor municipal que se burlaba de las descabelladas disposiciones, de los inútiles bandos y reglamentos del Concejo. Gustaba este escritor, no sólo de lucubrar en las regiones del ideal, sino de descender también a la tierra para ejecutar obras útiles y prácticas. Sus *modos de ver*, no son, en este género, otra cosa, que una aplicación de su buen sentido. El lo hizo considerar la escuela como meta suprema de regeneración, sin la cual, la libertad resultaría infecunda. En cuanto produjo este laborioso se sorprende su vocación de moralista; en nada tanto como en sus prédicas sobre la instrucción pública. Era un maniático de la educación.

«Señores párrocos e Ilustres Ayuntamientos—decía—: vosotros sois los que debéis comprender esta obra útil y provechosa a la sociedad futura. A vosotros se os ha confiado este cargo por Dios, por la Sociedad y por la Patria. Es bien sabido que el primer paso que se debe dar para este asunto, es la apersión de escuelas de primeras letras; esta es la piedra fundamental sobre la que debe levantarse el edificio de la educación popular.»

Y, en seguida, para no desmentir su juicio de

